

Fue en medio de una tormenta apocalíptica, mi rostro iluminado por el claroscuro de los relámpagos, que abandoné para siempre la Ciudad de la Belleza.

Había estado sesteando en Campo San Polo, mirando a los alemanes tomarse sus Aperol Spritz y sus cervezas, con cierta envidia, no voy a negarlo. Había hecho un día cálido, algo agobiante a ratos, pero que hacía agradecer luego cada ramalazo de brisa generosa. Cuando cayeron las primeras gotas me levanté del banco y me perdí por el dédalo de calles que podía ya seguir con los ojos cerrados. Tomé el *vaporetto* en San Silvestro, justo antes de que soltara amarras. El barquito iba atiborrado y el viento empezaba a zarandearlo. Una anciana se abalanzó sobre mí como hiciera más de una jovencita en mis buenos tiempos. Imaginé un naufragio de los que pintara Aivazovsky, o el bus fluvial convertido en la Balsa de la Medusa. Sobre Santa Lucía ya descargaban goterones furiosos y los turistas corrían a refugiarse cubriéndose con cualquier cosa: bolsas, chaquetas, mapas o prospectos.

En la estación reinaba el caos. Las tormentas habían colapsado la red y casi todos los trenes tenían retraso. Vi un nombre que tintineó en mi conciencia y me atrajo de modo irresistible: “Linz. 60 minutos de retraso”. Desde ahí, yo lo sabía, partían trenes hacia Praga. Praga, la ciudad donde nací, viví y maté. La ciudad donde fui libre y prisionero, célebre y proscrito, feliz y desgraciado. La ciudad que me negó

por tres veces y a la que vuelvo, tras haber tratado en vano de renegar de ella. Me dirigí hacia ese andén sin importarme cómo me estaba empapando. En cuanto llegó el tren rojo de la ÖBB me encaramé a un vagón a oscuras. Confiaba en mi buena suerte de polizonte para pasar desapercibido y me arrellané en el sofá de tres plazas de un compartimento vacío. Cuando el tren se puso en marcha, dejando atrás Venecia, sentí cierto rencor, como el que sentimos hacia una persona de la que habíamos esperado mucho más de lo que terminó por darnos.

A los pocos minutos, el tren se paró en seco. Mi vagón seguía sin luz, y por el suelo corría un arroyo de aguas turbias, no sé si procedente de la lluvia o de los retretes. Salí tambaleante. El siguiente vagón era un coche-cama, y los compartimentos estaban abiertos. En cada uno de ellos, junto a las camas blanquísimas y recién hechas, se veía un regalo de bienvenida: una cestita con una pequeña botella de *prosecco*, una bolsita de *pretzels* y un zumo de manzana, amén de dos botellas de Evian. Se me hizo la boca agua y en eso me di cuenta del hambre que tenía. Me fui aprovisionando con mi eterna bolsa de tela a modo de zurrón, dando gracias al destino por haberme evitado el sufrimiento de un viaje sin comida. En eso estaba cuando oí unos pasos firmes y un remover de llaves. Marché con paso de lobo hacia mi vagón.

El revisor no se percató de mi presencia, y yo permanecí un rato en silencio, como animal en su madriguera. Los relámpagos iluminaban de modo intermitente la gran laguna Véneta. Aleteos confusos surgían del otro lado de los raíles. Recordé la Galería de la Academia y las cuatro *Visiones del Más Allá* esbozadas por el Bosco. El panel del *Paraíso terrenal*, tan previsible en su beatitud católica, no me decía nada, pero sí los otros tres: la *Caída de los condenados*, cuerpos

pálidos como huesos arrojados a la negrura; y el *Infierno*, hombres desnudos torturados por los monstruos, como lo estuve yo, tras caer en manos de la justicia, en el Infierno de Pankrác, entre hostiles y obscenos compañeros de prisión, al menos al principio. Pero después: la salida del túnel, la Ascensión al Empíreo, los ángeles que muestran esa luz, luna llena o sol argentado, cuellos en éxtasis. Lo que busqué, quizás, al marchar a esa ciudad perenne, para ser capaz finalmente del *gran rifiuto*: vivir sin memoria de todos mis fracasos, empezar de nuevo al final de mi vida, hallar una nueva luz. Pero en las tinieblas, que tras la ventanilla del tren detenido presenciaba, esas alas eran las de los ángeles impotentes, incapaces pese a su esfuerzo de salvar las almas de los condenados como yo. Con mi pequeño lápiz que siempre llevo en el bolsillo comencé el borrador de mi fresco mortuario. Por entonces lo titulé *Lo imposible de una salvación bendita. Tormenta sobre el Véneto*.

Sumido en mi lóbrego escondrijo, con el estómago satisfecho y un sabor extraño, incongruente mezcla de dulce y salado, me arrebujó, confiado en que ningún revisor inoportuno turbará mi buena suerte. Con el tren aún detenido, me recordé descansando en la blancura incomparable de la playa del Lido, como un Aschenbach cualquiera. Qué podía haber más incongruente que mi camisa raída y mis viejos pantalones de pana remangados hasta las rodillas. Qué más insultante que mis uñas sucias y mis ampollas en los dedos, que hundía en la arena sintiendo un alivio que me hacía bendecir las cosas, como un eremita bienhumorado. El sol en la cara, la arena estimulando las castigadas plantas de mis pies, plantados allí como si quisieran arraigar. Recliné mi

cabeza sobre la tumbona de tela con rayas blanquiazules y dejé que ante mí desfilaran los bañistas como prototipos del género humano. Dos cincuentonas portuguesas, o brasileñas. Una morena culona con su novio de vientre plano, botando una pelota de voleibol con la que iniciaron un pánfilo partidillo. Más allá, el mar acariciaba dulcemente mi mirada. El mar, lo único que echamos en falta en Praga, lo único por lo que vale la pena cruzar nuestra frontera.

Hasta que un rostro oscuro eclipsó esos momentos de gozo inefable. “¿Es suya esa tumbona?”, me preguntó en italiano un corpulento negro con polo blanco. “What?”, contesté en mi inglés zarrapastroso, lo que desencadenó una retahíla reglamentaria sobre mi obligación de pagar una multa por utilizar esa tumbona o tumba probable de mis parvos ingresos. Intenté explicar que creía que era de uso público y gratuito, lo cual hizo estallar en cólera al africano, que me preguntó si tenía cerebro y me aleccionó con contundencia: “You have to use your brain!”. Sus músculos faciales reflejaban el sol, e imaginé su torso irrumpiendo de las arenas, como un guardián de los infiernos que irrumpiera en mi paraíso. Me incorporé torpemente, con los zapatos en la mano, mascullando mil excusas y eché a andar tan rápido como me permitían mis pies desventurados, temiendo sentir en cualquier momento la zarpa del guardia cerrarse sobre mi hombro. Hasta que no salí de la playa no respiré aliviado.

A quien recordaría con cariño, en cambio, es a Pierre, el librero francés, junto a la plaza de San Marcos, enamorado de Venecia como sólo pueden hacerlo los franceses, con esa mezcla de admiración, envidia y nostalgia por una soltura que nunca podrán imitar, no digamos adquirir; por una magia que siempre se les escapa y que por eso los mantiene encantados y encadenados, excitados y anhelantes, sin poder olvidarla durante sus largos meses de otoño e invierno

en París, Amiens o Ruan. Pierre tenía una librería “sobre Venecia”, desde Corto Maltés a Philippe Sollers o Thierry Clermont, de William Shakespeare a Thomas Mann o Giacomo Casanova. Aún no sé cómo no me cazó ninguna vez o si es que permitió que le fuera sustrayendo, semana tras semana, uno u otro libro, los que no me daba tiempo a leer entre los estantes o aquellos cuyas ilustraciones quería apreciar a solas. La mayoría los fui dejando en un lugar o en otro, la *Historia de mi vida* de Casanova, junto al puente de la Madonetta, *Muerte en Venecia*, enterrado a medias en la playa del Lido. No por eso del *book-crossing*, que dicen los modernos, sino porque no podía cargar con ellos en mi bolsa, donde compartían espacio con restos de pizza recogidos de madrugada y alguna botella de vodka barato comprada con las paupérrimas dádivas de unos turistas que habían venido a Venecia para pasear por un sueño, y en los sueños nadie te molesta alargando la mano para pedir limosna.

De los libros que coseché *chez* Pierre sólo conservé, aparte de los pictóricos (Giorgione, Tiziano, Tiépolo y, por qué no, Canaletto), una lujosa edición del libro de Joseph Brodsky, *Orilla de los perdidos*, *Ufer der Verlorenen*, según lo han titulado en una edición trilingüe anglo-ruso-germánica, que me sirvió para practicar esas lenguas que aprendí a medias, de mala manera, con sentimientos mezclados hacia los países que han ido violando mi patria y que siguen paseándose por Praga como por territorio conquistado, con más coronas en los bolsillos de las que tenemos nosotros, riéndose de lo baratas que son las cervezas, acabando con las reservas de Pilsner Urquell o masturbándose en público, como vi hacer a un pálido británico, aclamado por sus compatriotas a la puerta de un bar llamado Londoners, en plena calle Štěpánská, que ya desde su nombre se ofrece como reclamo a esas jaurías sajonas que sajan la antigua belleza de nuestras noches.